

## EL OMBLIGO DEL UNIVERSO

Ufy cogió su espacionave de alta gama y, deprimido por los problemas que le asediaban, decidió poner rumbo al sitio del universo donde podría encontrar más miseria; era, por así decirlo, el vertedero de las galaxias, donde amenazaban con enviar a las Ufylarvas si se portaban mal. El planeta en cuestión era la Tierra, ese pozo infecto y desagradable de profundos cielos azules y prístinos mares donde la humanidad cohabitaba como bestias con sus propios excrementos. Desembarcó en la isla de Pascua y fue en busca de un bar para ahogar sus penas en alcohol.

No le quedaba otro remedio que entrar en el bar; abrió las puertas y una fuerte luz estroboscópica hizo que sus delicados cilios se encogieran, provocando terribles espasmos convulsivos. Empezó a expulsar espuma por sus branquias y a expectorar grandes esputos de fluido flemático, atrayendo inmediatamente la atención de Morralla Moai y sus secuaces, la banda de matones más peligrosa al este de la isla de Pascua. Morralla Moai, viendo que Ufy era un futuro posible comprador de droga, se acercó e intentó amablemente ayudarlo. En un inusitado movimiento entre lo grácil y lo grotesco, Morralla aferró con firmeza un taco de billar y lo introdujo en lo que creía que era la boca de Ufy, esperando que este no se tragase aquel apéndice escamoso que hacía las veces de lengua.

Una inmensa felicidad invadió a Ufy; descubrió que la celulosa del taco de billar era sumamente jugosa y placentera. Le hacía moverse con sensualidad, o quizás eran los espasmos que todavía continuaban. Se levantó ebrio de satisfacción, y agitando sus tentáculos en ademán amistoso comenzó a hablar. Su conversación se convirtió en una verborrea incansable; por primera vez desde los funerales de Sarkorr El terrible IV de Magalaxar se sentía un verdadero Skrruffth pero esperaba que nadie notase que sus garaglinglos colgaban bamboleándose aguardando el momento de estallar y esparcir su polen.

Desgraciadamente, la novia de Morralla Moai, que estaba situada delante de la parte ventral de la espalda recia y quitinosa de Ufy, se dio cuenta de que los garaglinglos del alienígena colgaban y estaban a punto de esparcir

polen. Como no estaba preparada para ser madre avisó precipitadamente a Morralla. Este, en un acto de valentía digno de una brizna de hierba, se abalanzó sobre los bamboleantes garaglinglos y los golpeó con brutal saña, esperando noquear al visitante alienígena. Todo fue en vano; el impacto no hizo más que abrir la bolsa epidérmica y liberar una densa nube de polen que inmediatamente fecundó a la clientela del bar.

Embarazadas, moteros, niños que fingían ser enanos para poder beber zarzaparrilla sin avergonzarse de sus antepasados, funambulistas, neurocirujanos y un entomólogo albino fueron impregnados sin piedad por las esporas de Ufy.

Mientras tanto, en la sede central de la Tierra, situada en Venus, el Honorable y Benévolo Sir Míster Señor, ultrapresidente de la Humanidad, recibía un mensaje de inteligencia de sus agentes situados en la cuenca del Pacífico. Los estáticos moais de Pascua ocultaban dispositivos de avanzada tecnología fabricados por los antiguos nativos, que tras vencer a la Atlántida en una mortífera guerra termonuclear viajaron a través del tiempo para pedirles disculpas y se perdieron por el camino. El presidente analizó detenidamente las fotografías enviadas por los moais y llegó a la conclusión de que algo raro pasaba; las encuestas de intención de voto mostraban un descenso en su popularidad en la isla de Pascua. No le quedaba más remedio que activar el **protocolo de emergencia para invasiones imprevistas** (PEII) y dar una rueda de prensa ofreciendo diez mil millones de toneladas de guano a los pascuenses para reactivar la economía local.

Sir Míster Señor se enfundó su traje de batalla, el disfraz de arlequín tras el que se escondía su incompetencia y su deseo de ser amado por los inexistentes Venusianos. Durante la rueda de prensa, y viendo que su popularidad descendía hasta niveles deplorables, perdió el control de sus nervios y mientras se rasgaba su traje de arlequín, con el que había ganado las elecciones, amenazó de muerte a los ocho millones de civiles de la isla, que dormían apaciblemente ignorantes de lo que sucedía.

Todo tipo de organismos salieron de los cuerpos de los parroquianos del agujero de Joe, y buscando sentido a sus vidas, decidieron destruir la Tierra y

moldear a la raza humana a su imagen y semejanza. Mientras tanto, Ufy asistía atónito al nacimiento de sus primeros 50. 000 hijos. En unos segundos, salieron despavoridos del bar, excepto el pequeño tullido Piggie Wiggle, una especie de pelota viscosa que había nacido con tentáculos atrofiados. Piggie se acercó lloriqueando a su padre, en busca de consuelo, pero Ufy no estaba preparado para la paternidad, así que lo pisoteó con suma ternura hasta que no quedó más que una humeante papilla que dejó una mancha imborrable en el corazón de Ufy y en el suelo del bar.

Morralla Moai, único superviviente de la biomasacre (debido a su esterilidad no fue fecundado amablemente por Ufy), escucho los tiernos lloriqueos de Piggie, que le exhortaba a vengar su muerte y hacer pagar a ese cretino bicho su irresponsabilidad paterna. En un arrebato de furia, Dolph Lundgrend se negó a participar en la segunda parte de “Los mercenarios”. En otro orden de cosas, y terminada la batalla entre Ufy y Morralla, se besaron apasionadamente en una tórrida escena sensual no apta para cardíacos, y decidieron inmediatamente sellar su amor y formalizar su situación en una fastuosa boda. Pero para hacerlo tendrían que respetar los votos matrimoniales del planeta natal de Ufy, Garaginglia Prime, que consistía en que cada novio debía comerse a los hijos naturales del otro para poner a cero el contador de sus tablas genéticas y legalizar su situación actual.

\*\*\*

Sentado con sus consejeros, Sir Míster Señor solicitó una línea de comunicación directa con los responsables del Sol, a saber: en grácil y honorable Lemuel Gulliver, el desnarigado y célibe Cyrano de Bergerac, y el discreto y sincero Barón de Munchausen.

- Me pongo en contacto con ustedes, desoyendo los consejos de mis asesores – dijo el presidente- para que me ayuden en la liberación de la Tierra amenazada por la escoria no humana que, desde sus reductos en la isla de Pascua, extienden su nefasta influencia por todo el globo. El caos se ha apoderado del planeta, y solo el brillante plan que he urdido logrará exterminar a esa enfermiza y aberrante raza de seres que pululan y culebream por los oscuros y siniestros callejones de nuestras

ciudades y escuelas. Mis centinelas moai han averiguado que las criaturas, que se cuentan por cientos, han logrado salir de la isla y se dirigen hacia mis votantes, cosa que debo impedir. Mis científicos han descubierto que los aliens solo soportan temperaturas inferiores a 1000 grados. Por eso he decidido que la única forma de salvar a la humanidad es que dirijáis al astro divino hacia la Tierra. Los agradecidos y calcinados pueblos del mundo vitorearán mi arlequinesca genialidad durante generaciones.

Los siniestros clones de Sissi Emperatriz, capataz suprema del Sol a las órdenes de los tres generales, enarbolaron sus látigos y los descargaron una y otra vez salvajemente sobre los indolentes y perezosos trabajadores que alimentaban las calderas con antracita para que la luz del sol continuase fluyendo hacia el espacio. A los esclavos no les importaron los golpes; tampoco les importó trabajar más. Su correosa y escamosa piel podía encajar eso y mucho más. Formaban la última colonia de atlantes. Exiliados en el astro rey, habían sobrevivido al holocausto pascuense, pero la radiación de la guerra atómica les hizo evolucionar hacia una nueva especie de lagartoide humanoide, los lizardos

Mientras tanto, en la Tierra, Morralla Moai invitaba a su hijo adolescente a que se sentase en su regazo para explicarle la delicada situación en la que se encontraban.

- Verás, hijo mío, ha llegado la hora de que te enfrentes como un verdadero pascuense a la verdadera realidad que te espera. Dicho sin rodeos, con lo cual no voy a irme por las ramas, entrando directamente en el tema, y explicándote con todo lujo de detalles, es decir, yendo al grano, sin adornos ni florituras, la situación, he de decirte que... ¡Vuelvo a casarme!

MC Didí DobeIviú Morrällin, el desgraciado hijo rapero y luchador de sumo de Morralla Moai no pudo contener las lágrimas. Era la noticia más impactante desde que la humanidad había descubierto que existía la muerte después de la vida.

- ¡¡¡Pero Papá!!!! – dijo MC Didí Dobe|Viú Morrállin – No puedes hacerme esto, y menos ahora que estaba a punto de tatuarme el globo ocular completamente de nuevo....
- Calla, hijo, calla y escucha la sabiduría de tu padre. Ese extraño dolor que estás sintiendo en las extremidades inferiores es mi nuevo novio devorándote vivo como parte de los rituales nupciales de su planeta. Espero que no nos guardes rencor después de todo. Lo último que deseo es hacerte daño, y como no me importas lo más mínimo sé que esto será más fácil para los dos. Así que por favor, hijo, compórtate y déjate digerir.

Una vez terminado el acto, Ufy sugirió amablemente a su nuevo novio que había llegado la hora de devorar la prole engendrada por nuestro tentacular amigo. Morralla Moai deglutió con dificultad, pero el amor era más fuerte que cualquier comida de cientos de toneladas de viscosas exoentrañas humeantes . Ufy le tranquilizó; el trauma no sería tan extremo, y le dijo que tan sólo tendría que devorar a un solo hijo en representación simbólica de todos los demás, y que mientras lo hacía pensase en él, en los momentos que pasarían en una de las lunas del sistema solar Miel V, el paraíso de recreo y descanso de los enamorados intergalácticos y también de los entomólogos albinos que habían descubierto el modo de viajar más rápido que la luz estudiando los desplazamientos migratorios del moscardón ballena. Morralla dejó de lloriquear y aceptó su destino. Pero primero tendrían que reunirlos a todos en la boda, y Ufy tenía la solución.

Mientras tanto, cientos de monstruos de todos los tipos y todas las formas y todos los sabores campaban a sus anchas por el mundo destruyendo todo cuanto encontraban por diversión; la horda alienígena se abalanzó sobre la torre Eiffel, arrancándola a mordiscos y construyendo con ella una catapulta, en la que depositaron todas las obras de arte del Louvre, prendiéndoles fuego para construir un proyectil apocalíptico, y lanzándolo sobre la cuenca del Amazonas. Las aterrorizadas tribus yanomami huyeron despavoridas de las llamas y se rindieron ante sus nuevos amos alienígenas, enseñándoles la novedosa tecnología de la cerbatana primitiva; con ella los aliens pudieron enviar yanomamis envenenados a la estratosfera para derribar la estación

espacial internacional y que esta cayera sobre el palacio imperial del Dalai Lama, desde donde este ejercía su reinado de terror sobre los sherpas con la ayuda de su implacable ejército de abominables hombres de las nieves. El vacío de poder resultante fue decisivo para que los bigfoot, que llevaban años intentando apoderarse del Himalaya, invadieran las heladas cimas y conquistasen el techo del mundo.

El caos se apoderó de la Tierra. En el Área 52, situada al Norte del Polo Sur, los científicos de la ONU se dedicaban a realizar autopsias en masa a los alienígenas muertos enviados por los Cascos Azules. Dientes, espinas, órganos de simetría multilateral, pseudópodos, membranas ciliadas, pedúnculos retráctiles, probóscides, quelíceros, garras, tentáculos, escamas, garaglinglos y un sinfín de características tenían fascinado al equipo de médicos asignados al proyecto; sin embargo, cuando a un becario se le hizo la vivisección por error, el programa de investigación fue cancelado.

La única esperanza estaba en los arlequinescos planes del presidente del Mundo, Sir Míster Señor. Era el momento decisivo. Era el momento de dirigirse a la plebe. Con un discurso meditadamente improvisado, las palabras manaron de la boca de Sir Míster Señor como serpientes putrefactas saliendo despedidas de una prístina letrina.

- Queridos ciudadanos de nuestra bienamada Tierra. Les informamos que las regulaciones de libre tránsito intestinal entre la comunidad bigfoot y las agrupaciones pangeanas dedicadas a la exportación de entomólogos albinos han entrado en punto muerto. Las negociaciones continúan. Por otro lado, advertimos de que el Sol se acerca a la Tierra, con lo cual es posible que algunas personas se sientan indispuestas cuando la temperatura alcance los 500°C. No se alarmen; cierren puertas y ventanas y beban mucha agua. La situación está completamente controlada.

Ufy le explicó a Morralla que la única manera de entrar en contacto con sus vástagos era a través de sus defecaciones, que proyectarían una onda psíquica convocando a las hordas alienígenas en la más grande catedral construida por la humanidad, el zeppelín basílica Hindenburg Torquemada, que

orbitaba alrededor del planeta evangelizando a los pueblos paganos y bombardeando con biblias a los enemigos de la fe. Ahora no quedaba más que ultimar los preparativos del enlace y hablar con el párroco del zeppelin.

Mientras tanto, el Sol se acercaba devorando kilómetros y kilómetros en una trayectoria de aproximación, que le dejaba cada vez más cerca de la tierra, que iba creciendo y haciéndose cada vez más redonda y vulnerable ante la inminente arremetida del astro rey, que iba a someterle a sus volcánicos designios en un ardiente apocalipsis térmico. Por su parte, la Tierra estaba quieta, inmóvil, permanecía impasible en su órbita, aguardando con temblorosa expectación el momento del impacto solar, intentando envolverse en sus placas tectónicas en un intento de pasar desapercibida. Quedaba poco tiempo, y el poco tiempo que quedaba no era lo suficiente como para que diera tiempo a hacer algo.

Horas después, los efluvios psíquicos de los excrementos de Ufy llegaron a todos los rincones de todos los sitios de todas las esquinas del mundo. Y minutos después de esas horas, un sinfín de monstruosidades aguardaban vestidas de etiqueta a que los novios cruzasen el umbral de la basílica zeppelin. Una vez dentro, y tras la marcha nupcial, Morralla y Ufy tuvieron que esperar hasta que el espectáculo de entomólogos albinos alados que tocaban el insecto paloflauta travesero acabase.

Morralla Moai se desabrochó el botón superior de la camisa y se aflojó la corbata. Sudaba a chorros por el creciente calor y por la pesadez de estómago tras haberse comido a un hijo de Ufy en cumplimiento de los votos matrimoniales. En aquel momento, Morralla tuvo un destello de lucidez, y recordó la sagrada promesa realizada sobre el cadáver de Piggie Wiggle en el agujero de Joe. No pudo más que confesárselo a su futuro marido; entre sollozos, pidió disculpas a Ufy por haber jurado matarle en represalia por la muerte de Piggie. Se sentía totalmente avergonzado, y Ufy comprendió al instante los sentimientos que emanaba de Morralla; le abrazó consolándole con sus probóscides, deslizandolas en el sentido de las agujas del reloj en torno a la sudorosa calva de su prometido. Todo estaba perdonado. Minutos más

tarde, el abyecto capellan Mortimer SpotWinger, diácono supremo de la basílica zeppelin, pronunciaba las últimas palabras de la ceremonia.

- ... y si hay alguien en este mundo aparte de Hugh Grant que tenga que decir algo, que hable ahora o que calle para...

- ¡Sí, yo tengo algo que decir! – dijo Hugh Grant entrando al más puro estilo Aragorn en la basílica.

El capellán Spotwinger hizo una pequeña indicación a uno de sus guardaespaldas y este apretó un botón que abrió de repente la trampilla situada bajo Hugh Grant, absorbiéndole y expulsándole de los designios del Señor.

De repente también se hizo añicos la excelsa cristalera de la bóveda del zeppelin y Piggie Wiggle entró al más puro estilo Batman de Tim Burton. La rotura de la cristalera provocó una serie de fuertes sacudidas y varias descompresiones explosivas consecutivas tuvieron lugar. Mientras, uno de los fornidos guardaespaldas caía sobre el capellán Spotwinger, aplastándole bajo su musculosa moles de carne y acabando con su vida. Piggie Wiggle se abalanzó sobre Morralla con microscópica furia homicida empuñando un cuchillo cuya hoja había sido forjada en estrellas de neutrones y afilada a mordiscos por BabyMonty, el herrero intergaláctico que no necesita presentación. Las turbulencias cesaron súbitamente a la espera de que se resolviese la harto embarazosa situación. Piggie habló:

- Lo que yo he sufrido nadie lo sabe, solo yo. Muere.

Morralla cerró los ojos esperando el golpe de gracia y poniéndose en paz con sus dioses.

- ...pero lo que más me molesta de todo esto – continuó Piggie- es que el índice Dow Jones haya bajado cuatro puntos por culpa de los bigfoot, que han tomado la bolsa y ahora juegan a ser brokers. Os preguntareis por qué sigo vivo cuando todos me dabais por muerto. Muy simple; es a un tal Dolp Lundgren al que hay que agradecerse. Me hizo la respiración braquiopulmonar y cuando empecé a fibrilar me golpeó salvajemente hasta que resucité. Luego dijo “Ughm” y a continuación desplegó un par de alas de libélula hechas por Weta Digital, se agachó

preparándose para despegar y salió por la puerta del infecto pub caminando en cuclillas. Como comprenderéis, no me queda más remedio que reclamar mi venganza por los daños y prejuicios causados a mi propio ser. Morralla, juraste sobre mi quebrado y frío cadáver asesinar a Ufy, así que por favor, ya sabes lo que tienes que hacer si no quieres morir...

Ufy miraba su bioreloj golpeando impacientemente con el pie y esperando que aquel aburrido monólogo acabase de una vez para poder continuar con la boda.

- Toma mi cuchillo estelar y mata a ese desgraciado de Ufy antes de que yo te destruya a ti.

Morralla cogió con suma delicadeza el cuchillo y con mano temblorosa y dubitativa hizo un lánguido ademán clavándolo lentamente en las entrañas de Piggie, que no pudo más que decir “Oh, no, Bubbles” y perecer entre tristes lamentos.

Antes de que los invitados pudiesen sobrecogerse, todos miraron a la inmensa pantalla que reposaba sobre el altar y que recogía imágenes del exterior y vieron como Dolph Lundgren, entre lágrimas, iniciaba un ataque suicida lanzándose sobre el zeppelin con ansia redentora. No lo consiguió.

Antes de que los invitados pudiesen sobrecogerse de nuevo, los viajeros del tiempo pascuenses se materializaron en el claustro de la basílica y secuestraron el zeppelin revelando que Morralla Moai era el heredero al trono del imperio pascuense. Morralla lideró un ataque contra el Sol para luchar contra los atlantes lizardo que lo custodiaban y defender la Tierra ante el brutal choque que se avecinaba.

Los atlantes Lizardo, adivinando un ataque inminente de los pascuenses, se amotinaron e hicieron un supertorpedo con los clones de Sissi emperatriz lanzándolo sobre el zeppelin, que lo destruyó con sus contramedidas moai y continuó su implacable avance hacia el astro rey.

A todo esto, Gulliver, Munchausen y Bergerac descansaban en la cama rotatoria de sus aposentos después de una placentera sesión sexual. Ignoraban por completo que las tropas moai y los hijos de Ufy habían tomado el control del Sol y lo habían desviado de su trayectoria dirigiéndolo hacia Venus. Enarbolando el cuchillo de neutrones, Morralla irrumpió profiriendo blasfemias en la habitación y exigió que le dieran total autoridad sobre el Sol y sus nuevos vasallos. Accedieron a hacerlo si cerraba la puerta y volvía en unos minutos. Morralla aceptó el acuerdo, pero cuando volvió habían desaparecido. Tan sólo quedaba un rastro viscoso que serpenteaba hacia una de las paredes y terminaba bruscamente.

Ufy y Morralla aparcaron el Sol cerca de Venus y enviaron a las tropas pascuenses cabalgando encima de los atlantes lizardos (desde ahora monturas de sus nuevos amos) en busca de Sir Míster Señor para hacerle pagar por sus estúpidos planes. Penetraron violentamente en el búnker donde el presidente de la Tierra se había refugiado, y este se entregó pacíficamente siempre y cuando le dejasen seguir vistiendo su traje de arlequín.

El presidente y los bigfoot (exiliados de la Tierra por provocar un crack bursátil) fueron condenados a mantener el Sol activo bajo la estricta supervisión de un moai robótico que manejaba el látigo con más pericia aún que los clones de Sissi Emperatriz. Sir Míster Señor comenzó a urdir un plan para lavarles el cerebro a los bigfoot y tomar posesión de la Tierra de nuevo. Venus fue entregado a los hijos de Ufy, que establecieron una nueva civilización basada en el silicio. Los pascuenses y sus nuevas y reptilianas bestias de carga desaparecieron en el océano del tiempo esperando a ser llamados de nuevo cuando la Tierra los necesitase.

Morralla Moai aceptó el trono de Pascua gobernando junto a Ufylady, la flamante primera dama, y juntos llevaron a la isla a una prosperidad sin precedentes, convirtiéndose en la primera potencia mundial al norte del Polo Sur.

A día de hoy, nadie ha vengado la trágica muerte de Piggie Wiggle.